HARLEQUIN®

Sherryl Woods

UN LUGAR MÁGICO

Grandes Autoras

Sherryl Woods

UN LUGAR MÁGICO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Sherryl Woods. Todos los derechos reservados.
UN LUGAR MÁGICO, Nº 66 - 1.11.06
Título original: Three Down The Aisle
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A. y Harlequin Grandes Autoras es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 84-671-4430-0
Depósito legal: B-39459-2006
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Aún tenía las mejillas empapadas por las lágrimas y el ánimo alterado cuando alguien…, no, no sólo alguien, toda una comitiva familiar llamó a la puerta del apartamento en el que Melanie vivía en Boston. Antes de que pudiera levantarse del sofá, la puerta se abrió y aparecieron sus tres hermanas, con aspecto de ángeles vengadores.

Si Melanie no se hubiera sentido tan triste y humillada, seguramente habría tenido que sonreír ante aquella actitud de estar dispuestas a todo. De haber llegado antes de que ella echara a Jeremy a la calle de una patada, sus hermanas lo habrían hecho echarse a temblar.

Las hermanas D'Angelo eran especiales. Por separado, cada una tenía una personalidad muy diferente, pero juntas poseían una fuerza que había que tener en cuenta. Y nada las unía más que un enemigo común; en ese caso, el hombre que había estado mintiendo a Melanie durante más de seis meses.

Maggie y Jo se sentaron una a cada lado de ella y comenzaron a decirle lo rápido que iba a solucionarse todo, lo bien que iba a estar sin esa sabandija mentirosa. Así continuaron con la mejor intención hasta que ella empezó a tener unas enormes ganas de gritar.

Ashley no decía nada, pero la agitación con la que caminaba de un extremo a otro de la habitación y el color rojo de sus mejillas sugerían que estaba haciendo un esfuerzo por no explotar. Ashley se tomaba muy en serio sus obligaciones de hermana mayor, pero también tenía el temperamento volátil de su padre. Melanie la miró con cautela.

–Ash, a lo mejor deberías sentarte –le sugirió en voz baja–. Nos vas a provocar un traumatismo cervical por tratar de seguir tus movimientos.

Su hermana mayor respondió frunciendo el ceño.

–Estoy tratando de decidir si hacer que Jeremy tenga que sentar su penoso trasero ante un juez o limitarme a darle una paliza.

El resto de las hermanas se miraron. Con Ashley, ninguna de esas opciones parecía imposible. Tenía una licenciatura en Derecho, un fuerte sentido de la justicia y un gancho de derecha que merecía todo el respeto del mundo.

–¿De qué serviría eso, Ash? –preguntó Jo, la pacífica–. Sólo conseguirías que tu nombre apareciera en los periódicos junto a un triste relato de los hechos y de la causa de tu comportamiento, cosa que no haría sino prolongar el dolor de Melanie y humillarla un poco más. Todo el mundo sabría que ese canalla la tuvo engañada durante meses. ¿De verdad quieres que papá se entere de todo esto? Tendrías que defenderlo por asesinato.

–Tienes razón –admitió Ashley con un suspiro.

Se quedaron en silencio, pensando en las palabras de Jo. Su padre era un italiano fuerte y escandaloso que había hecho pasar miedo a más novios de sus hijas de los que ellas querían recordar. Y eso que en aquellas ocasiones se había tratado de buenos chicos; la comadreja de Jeremy no sabría dónde meterse si su padre se enteraba de lo que había hecho.

Ashley miró a Melanie.

–¿Seguro que no quieres que haga nada? Hay muchas maneras de vengarse que no conllevan derramamiento de sangre.

–No, no hagas nada –se apresuró a decir Melanie–. Ya es bastante humillante que vosotras os hayáis enterado de que Jeremy me ocultó la existencia de su mujer y sus dos hijos y

que yo siguiera pensando que estaba soltero a pesar de que siempre esquivaba mis preguntas de por qué nunca podíamos vernos los fines de semana o por qué pasábamos tan poco tiempo en público. Hacía que todo pareciera tan razonable…

–¿Y qué hizo que te lo contara esta noche? ¿Los remordimientos? –preguntó Maggie.

–Ojalá –respondió Melanie con tristeza–. Me encontré con ellos cuando estaban comprándoles unas zapatillas a los niños. Incluso en ese momento trató de hacerme creer que sólo estaba guardando las apariencias, que su matrimonio estaba acabado. Con lo tonta que soy, seguramente también me lo habría creído si no llega a ser porque su mujer lo vio y le lanzó una mirada que habría dejado helado a cualquiera. Tengo la sensación de que ésta no era la primera vez que sorprendía a Jeremy engañándola. Lo que no puedo imaginar es cómo se las habrá arreglado para venir una vez más a darme una explicación.

–Pero tú no te habrás creído ni una palabra de lo que te ha dicho, ¿verdad? –preguntó Ashley.

–Claro que no. Vosotras veníais hacia aquí y yo ya hacía un buen rato que estaba deseando que se fuera –tuvo que respirar hondo para no

echarse a llorar de nuevo–. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Debería haber sumado dos más dos hace ya meses.

Jo sonrió y le dio un golpecito en las costillas.

–Siempre se te dieron muy mal las matemáticas.

–No tiene gracia, hermanita –replicó Melanie–. ¿Qué voy a hacer ahora? No puedo seguir trabajando en Rockingham. Esto demuestra que no hay que liarse con alguien del trabajo, aunque sea una empresa tan grande como Rockingham. Se me revuelve el estómago sólo de pensar en volver a verlo. Y pensar que hasta ayer mismo hacía todo lo que podía para encontrarme con él en los pasillos…

–Tienes que alejarte de aquí, tomarte un descanso –opinó Maggie con expresión pensativa–. Y conozco el lugar perfecto para hacerlo.

–Lo que necesito es encontrar otro trabajo –corrigió Melanie–. No es que tuviera una carrera prometedora en Rockingham, pero al menos el sueldo de recepcionista me daba para pagar el alquiler.

–No hace falta que te pongas a buscar inmediatamente –intervino Ashley–. Si necesitas dinero, yo te dejaré lo que te haga falta.

–Habló la poderosa abogada que gana tanto

dinero que no tiene ni tiempo para gastarlo –bromeó Jo–. Las demás también podemos ayudarte.

–Por supuesto –asintió Maggie de inmediato.

–Entonces eso queda solucionado –siguió hablando Ashley–. Y creo que sé a qué se refería Maggie hace un momento. Deberías ir a casa de la abuela. Siempre hemos dicho que es un lugar mágico. No se me ocurre un sitio mejor para aclarar tus ideas.

–Cuando decíamos eso éramos unas niñas y estábamos de vacaciones. Claro que pensábamos que era mágico. Pero desde entonces, ninguna de nosotras ha vuelto. Ni siquiera mamá va por allí desde que la abuela murió. Seguramente la casa estará destrozada.

–Mayor razón para ir –aseguró Ashley–. Podrías arreglarla. Es justo lo que necesitas. Debe de valer una fortuna y, si nadie va a utilizarla, podríamos convencer a mamá para venderla.

–Mamá nunca haría algo así –dijo Maggie–. Todas sabemos el cariño que le tiene a esa casa.

–De todos modos –continuó la hermana mayor–, arreglar la casa hará que estés distraída todo el día y, por la noche, estarás tan cansada, que te quedarás dormida sin ningún problema. Las demás podemos ir a verte y a hacerte compañía los fines de semana.

–Os avergonzáis tanto de mí que estáis todas deseando que me largue de aquí, ¿verdad? –preguntó Melanie en tono lastimero.

No estaba segura de querer ir a un lugar donde estaría a solas con sus pensamientos. La casa de la abuela, Rose Cottage, estaba a orillas de la bahía de Chesapeake, en Virginia del Norte. Con lo que había crecido aquella región en los últimos años, probablemente ya no estaría tan aislada como la recordaba, pero, comparada con Boston, seguiría siendo todo un remanso de paz rural. Dudaba mucho que hubiera un cine o un centro comercial en kilómetros a la redonda.

–No es ningún destierro –insistió Ashley.

–¿Por qué tengo que darle a Jeremy la satisfacción de verme huir? –preguntó Melanie–. Él es el canalla.

–En eso tiene razón –opinó Jo.

Ashley les lanzó a ambas una mirada de reprobación.

–¿Qué sugieres entonces? Tendrás que verlo todas las mañanas al llegar a trabajar. ¿Te parece mejor plan?

No, la verdad es que le parecía una tortura.

–Vamos, Melanie –siguió diciendo Ashley con más dulzura–. Sabes que tengo razón. Allí tendrás tiempo para decidir qué quieres hacer.

Ya va siendo hora de que saques provecho a tu título universitario. En Rockingham estabas desperdiciando tu talento con la esperanza de que algún día quedara un puesto libre en el departamento de marketing. Esto podría ser lo mejor que te ha pasado, si te sirve para encontrar un buen trabajo en lugar de uno seguro pero aburrido.

En aquel momento, con el corazón roto y el orgullo herido, a Melanie le resultaba imposible ver lo que había ocurrido aquella noche como una especie de bendición, pero siempre era aconsejable hacer caso a Ashley.

–Si tú lo dices… –murmuró débilmente.

–¿Prefieres quedarte aquí hecha pedazos?

–No –respondió ella con firmeza. Jamás se había regodeado en su tristeza y no pensaba empezar a hacerlo ahora, y menos por alguien como Jeremy Thompson, de los Thompson de Providence y Nantucket. ¿Cómo había podido dejarse engañar por su noble origen? El abolengo y el buen nombre no garantizaban que alguien fuera buena persona.

–Estupendo –concluyó Ashley–. Te ayudaremos a hacer el equipaje. Puedes salir a primera hora de la mañana. Es un viaje largo y te conviene llegar antes de que se haga de noche.

–Ni siquiera he presentado mi dimisión en el

trabajo –protestó Melanie, aunque lo cierto era que no le hacía ninguna ilusión tener que ir por allí y arriesgarse a encontrarse con Jeremy.

–Mándala por fax –le sugirió Ashley fríamente–. Y si alguien protesta, le dices que hable con Jeremy, que lo explique él. Quizá así lo despidan. O, si lo prefieres, déjame que yo los llame: les diré un par de cosas sobre el acoso sexual en el trabajo.

–No fue… –empezó a decir Melanie para callar a su hermana.

–Pero estuvo cerca –replicó Ashley–. ¿Te habló de la posibilidad de conseguir un puesto mejor?

–Sí –admitió Melanie. No obstante, no la convencía la idea de despedirse de ese modo. Sus padres les habían inculcado un fuerte sentido de la responsabilidad, y las personas responsables avisaban con al menos dos semanas de antelación, aunque se tratara de un empleo que odiaran y que no tenía ningún futuro–. Pero…

–Nada de peros –la interrumpió Ashley.

Melanie suspiró.

–Está bien. ¿Cómo voy a conseguir que mamá me dé la llave de la casa sin tener que contarle toda la historia? –a pesar de su dulce apariencia sureña, su madre era tan feroz como Max D'Angelo y era igual de capaz de conver-

tir la vida de Jeremy en un infierno. *Lo que el viento se llevó* la había inspirado tanto, que a tres de sus cuatro hijas les había puesto los nombres de algunos de los personajes y de la autora de la obra. Sólo Jo se había librado. Las hermanas solían bromear sobre que su madre había dejado que se librara porque el nombre de Escarlata se lo reservaba para sí misma.

–No te preocupes por mamá –Ashley rebuscó en su enorme bolso hasta sacar una vieja llave atada con un lazo de raso rosa–. Yo tengo una copia de la llave.

Melanie, Jo y Maggie la miraron.

–¿Por qué?

–Es una especie de talismán –respondió en tono defensivo–. Cuando las cosas se complican en el trabajo y todo me parece una locura, saco la llave y trato de recordar que hay una vida más allá de los tribunales. Hay días que me escaparía a Rose Cottage si pudiese.

–Pero hace años que no vas –dijo Melanie, sorprendida por una muestra de sentimentalismo que era muy poco usual en su aguerrida hermana mayor.

–Parece que basta sólo con saber que está ahí.

Melanie suspiró mientras deseaba que aquella casa sirviera de refugio también para ella y

tuviera la misma capacidad curativa que tenía para Ashley. Por el momento, aún con la imagen de Jeremy acompañado de su mujer y sus hijos y las palabras de su confesión retumbándole en la cabeza, tenía sus dudas de que así fuera.

Uno

Todas las mañanas, cuando Mike llevaba a su hija al colegio, pasaba por la vieja casa de los Lindsey. Era como una antigua casa de muñecas abandonada por una niña caprichosa que de pronto prefiriese otros juguetes. Los escalones del porche estaban rajados y la pintura de la fachada descascarillada. Una contraventana desvencijada golpeaba contra el muro cada vez que había un poco de viento.

La casa se alzaba en un terreno muy valioso, junto a la bahía de Chesapeake. Era un verdadero crimen que alguien pudiera abandonar una casa así y dejarla a merced de las inclemencias del tiempo, que no tardarían en arruinarla por completo. Si no pensaban utilizarlo, lo mejor que podían hacer los propietarios era vendérsela a alguien que la cuidara como se debía.

Aunque el estado de la casa le daba mucha lástima, el jardín era lo que realmente le provocaba ganas de bajarse del coche con las tijeras

de podar. Mike sentía verdadera pasión por la jardinería y era evidente que, en otro tiempo, aquel lugar había tenido un jardín envidiable. Sin duda, alguien había cuidado durante años esos rosales que ahora luchaban por florecer. Alguien había dedicado tiempo a diseñar la colocación de las plantas, pues no era casual que los lilos se encontraran bajo las ventanas, por donde la fragancia de las flores entraría en las mañanas de primavera.

Ahora, en cambio, los rosales tenían que defenderse de las zarzas, la madreselva había invadido los lilos y la valla de madera blanca que delimitaba el terreno estaba a punto de caerse en pedazos, derrumbada bajo el peso de los indómitos arbustos. A Mike lo apenaba ver cómo se arruinaba toda aquella belleza.

Siete años atrás había intentado comprar la propiedad, pero en la inmobiliaria le habían dicho que el propietario no estaba interesado en vender. Por lo visto, el propietario no tenía el menor interés en nada que tuviera que ver con la casa.

–Papi –dijo de pronto Jessie desde el asiento del copiloto–. ¿Por qué paramos aquí? Este sitio me da miedo.

Mike miró a su hija de seis años que, en aquel momento, parecía el retrato victoriano de

un ángel de ojos azules y pelo rubio. Tenía las mejillas limpias, el pelo aún conservaba las coletas y la ropa seguía intacta; parecía que, por el momento, tenía un buen día. No había tenido ninguna rabieta a la hora de vestirse, ni se había puesto a llorar cuando le había servido huevos revueltos para desayunar en lugar de cereales. Días como aquél eran poco frecuentes, por lo que él había aprendido a valorarlos cuando se presentaban.

A pesar de las rabietas, Mike no cambiaría por nada del mundo el tiempo que pasaba junto a su hija. Jessie era su tesoro, su pequeña superviviente. En su corta vida había pasado por muchos tragos. Había nacido con adicción a las drogas, que su madre no había sido capaz de dejar antes del embarazo, unas drogas que ni siquiera él había notado que Linda tomara drogas, porque lo hacía a escondidas. Cuando los médicos le habían dicho que la delgadez y la irritabilidad de la bebé se debían al síndrome de abstinencia, Mike se había quedado de piedra.

Había pasado los siguientes seis meses luchando por que Linda se sometiera a un tratamiento de desintoxicación y tratando de que se diera cuenta de que no sólo estaba destrozando su vida y su matrimonio: también estaba arrui-

nando la vida de su pequeña. Desgraciadamente, todos los esfuerzos habían sido en vano. Las drogas habían ejercido más poder sobre ella que nada de lo que él pudiera decir; habían resultado más atrayentes que el amor de Mike o las necesidades de Jessie.

Finalmente, y ya con el corazón destrozado, Mike había pedido el divorcio y la custodia de Jessie y, después de conseguir ambas cosas, se había marchado. Los padres de Linda sabían dónde vivía ahora con la niña, así que si ella alguna vez lograba superar la adicción y quería volver a ver a su hija, sabría dónde hacerlo. Hasta entonces, Linda permanecería fuera de sus vidas.

Con todo el dolor de su alma, los padres de Linda habían estado de acuerdo en que no había otra solución, lo cual al menos le había servido de consuelo a Mike. Ellos los visitaban a menudo, pero rara vez mencionaban el nombre de Linda, especialmente delante de Jessie. Cuando la niña fue lo bastante mayor para comprenderlo y llegó el momento de la inevitable pregunta, Mike se lo explicó con la mayor sinceridad posible, pero el dolor que vio en la mirada de Jessie le rompió el corazón.

Criar solo a una niña habría sido difícil en cualquier circunstancia, pero los continuos pro-

blemas de comportamiento de Jessie eran una carga añadida que ponía a prueba su paciencia una y otra vez. De bebé lloraba día y noche, ahora era sencillamente impredecible; podía estar eufórica en un momento e histérica al siguiente.

La mayoría de los días, Mike sabía enfrentarse a aquellos cambios de humor, pero había veces que estaba a punto de derrumbarse de cansancio y sentía ganas de llorar por el daño que habían hecho a su pequeña.

Ése era uno de los motivos por los que había elegido la pequeña ciudad de Irvington, en la bahía de Chesapeake. Había mucho trabajo, pero el ritmo era mucho más tranquilo que en cualquier gran ciudad. Si necesitaba pasar más tiempo con Jessie, podía hacerlo sin sentir que estaba siendo injusto con sus clientes. Además, como gozaba de una excelente reputación, podía elegir entre los que necesitaban de sus servicios para estar seguro de que todos ellos comprenderían que Jessie siempre sería su prioridad.

–¡Tenemos que irnos ya! –exigió Jessie. A pesar de sus seis años, tenía las dotes de mando de una reina–. Papi, creo que aquí hay fantasmas –le confesó en voz más baja.

Mike sonrió. No era la primera vez que de-

jaba bien claro que aquella casa no era de su agrado, pero lo de los fantasmas era completamente nuevo.

–¿Por qué crees eso, preciosa? –preguntó él.

–Se ha movido algo en esa ventana. Lo he visto –empezó a temblarle el labio inferior y los ojos se le llenaron de miedo.

–Aquí no vive nadie –aseguró Mike tratando de tranquilizarla–. La casa está vacía.

–Pues algo se ha movido –afirmó Jessie, testaruda y a punto de echarse a llorar–. ¡Vámonos ya!

Hubiera visto algo o no, era evidente que su miedo era real, así que Mike prefirió hacer lo que le pedía y seguir su camino hacia el colegio. Cualquier respuesta lógica que pudiera haberle dado no habría servido más que para aumentar su tensión y habría acabado con la inusual tranquilidad de la que estaban disfrutando hasta el momento.

Tan pronto como se hubieron alejado de la casa, Jessie volvió a tranquilizarse y a sonreír.

–Ya estamos a salvo –aseguró con alegría.

–Siempre que estés conmigo, estás a salvo –le recordó Mike.

–Lo sé, papá –dijo la niña con paciencia–. Pero no me gusta ese lugar. No quiero volver allí. Nunca más. Prométemelo.

–Pero si tenemos que pasar por aquí todos los días…

–Pero podemos hacerlo muy, muy rápido –insistió Jessie–. ¿Verdad que sí?

Mike suspiró con la seguridad de que intentar razonar con su hija era una pérdida de tiempo.

–Está bien.

Pocos minutos después se despidió de ella a la puerta del colegio prometiéndole que estaría allí cuando saliera. Hacía ya mucho tiempo que había descubierto que Jessie necesitaba que le recordara una y otra vez que jamás se olvidaría de ella. La psicóloga con la que había hablado Mike le había explicado que esa necesidad de que le demostraran atención y cariño constantemente era resultado del abandono de su madre. A veces Mike se preguntaba si no debería haber mentido, haberle dicho que Linda había muerto; quizá eso habría sido menos cruel y más fácil de asimilar para ella. Pero no había podido hacerlo, seguramente porque seguía albergando la esperanza de que algún día Linda quisiera formar parte de la vida de su hija.

–Adiós, papi –dijo Jessie ya entrando en el edificio–. No vas a volver a esa casa, ¿a que no? –preguntó, visiblemente preocupada–. No quiero que te agarren los fantasmas.

–No te preocupes, no va a agarrarme ningún fantasma –prometió Mike, poniéndose la mano en el corazón como hacía siempre para asegurarle que decía la verdad–. Llevo repelente de fantasmas.

–No seas tonto –dijo riéndose y con evidente alivio.

Después salió corriendo para saludar a una amiguita. Mike la miró hasta que hubo desaparecido, deseando que siempre fuera tan fácil aplacar sus temores. Algunas noches no había manera de consolarla, tenía pesadillas que se negaba a contarle y sólo se tranquilizaba si la tenía abrazada.

Volvió al coche pensando en cómo organizar el tiempo que le quedaba hasta que Jessie saliera del colegio para poder hacer el millón de cosas que tenía programadas. Sin embargo, no se dirigió a la casa recién construida frente a la bahía de la que tenía que diseñar el jardín, sino que volvió a la de los Lindsey, atraído por algo que no habría sabido explicar.

¿Realmente habría visto algo Jessie? ¿O sólo se había dejado llevar por su rica imaginación y por el misterio de una casa abandonada que lo había fascinado desde su llegada al pueblo? Fuera lo que fuera, no tardaría más que unos minutos en satisfacer su curiosidad. Quizá

así podría olvidarse de ese lugar de una vez por todas.

Melanie estaba tratando en vano de eliminar las telarañas de la cocina de su abuela cuando oyó el chirrido de la puerta principal y sintió verdadero pánico.

Sólo unos minutos antes había creído oír que un coche paraba en la tranquila calle en la que se encontraba la casa, pero cuando había mirado por la ventana de su dormitorio, la había cegado el reflejo del sol en el metal y sólo había podido oír el coche que se alejaba. Un incidente así, que en Boston habría resultado totalmente normal, allí la había dejado desconcertada.

Con el corazón latiéndole en la garganta, salió al salón y se acercó a la puerta que ella misma había dejado entornada para que entrara la brisa primaveral.

–¿Qué demonios…?

Una voz masculina procedente del exterior le dio un susto de muerte.

–¿Hay alguien? –gritó el hombre.

Aquello no podía ser bueno, pensó Melanie. Había dejado el teléfono en la cocina, lo que le confirmaba que no tenía la cabeza donde debía.

A pesar de lo mucho que había crecido la ciudad desde que ella no iba por allí, la casa seguía estando en un lugar bastante apartado. Había pocos barcos en la bahía, por lo que seguramente nadie acudiría por mucho que gritara pidiendo ayuda.

Intentó pensar qué haría Ashley en una situación así. Su intrépida hermana seguramente ya habría agarrado una lámpara como arma defensiva y esperaría tras la puerta el momento de atacar. Así que eso fue precisamente lo que hizo: agarró la lámpara más cercana, que afortunadamente tenía el pie de mármol, e inmediatamente se sintió más segura.

–¿Quién anda ahí? –preguntó con una voz que esperaba sonara indignada y temible–. No debería estar aquí.

–Ni usted tampoco.

Le sorprendió tanto la acusación que abrió la puerta y miró al intruso. Era increíble lo valiente que la hacía sentir la indignación y el hecho de llevar una lámpara en la mano.

–Puedo asegurarle que tengo todo el derecho del mundo de estar aquí –dijo, tratando de no dejarse impresionar por el hombre corpulento que tenía delante.

Debía de medir casi un metro noventa y era todo músculo. Aunque sólo estaban en abril, te-

nía la piel bronceada y reflejos del sol en el pelo castaño oscuro. La camiseta se le ajustaba al pecho y los vaqueros gastados hacían lo mismo en sus impresionantes muslos.

En cualquier otro momento de su vida, seguramente habría disfrutado más de la contemplación de aquel ejemplar de masculinidad, pero últimamente todo lo relacionado con los hombres se había convertido en su enemigo. Sin embargo, eso no evitó que el corazón se le acelerara de alegría al verlo, lo cual Melanie interpretó como una especie de traición de su cuerpo.

–Cornelia Lindsey está muerta –anunció él, clavándole la mirada de un modo que parecía retarla a rebatirlo.

–Lo sé –respondió Melanie–. Era mi abuela. Murió hace siete años.

–Efectivamente tiene derecho a estar aquí. ¿Es usted una Lindsey?

–En realidad soy una D'Angelo. Melanie D'Angelo. Mi madre era Lindsey hasta que se casó con mi padre.

–Según lo que me han contado los vecinos, Cornelia Lindsey no tenía una gota de sangre no sureña, pero usted no parece de por aquí.

–No, soy de Boston.

–¿Lleva algún documento que la identifique?

Melanie lo miró con una mezcla de sorpresa e indignación.

–Ninguno en el que figure mi árbol genealógico. ¿Quién es usted, el sheriff o algo así?

–Sólo un vecino. Esta casa lleva mucho tiempo vacía y ahora de repente aparece usted. Sólo quiero asegurarme de que no es una impostora. Si efectivamente es quien dice ser, apreciara que me preocupe tanto.

Era evidente que no tenía intención de marcharse sin antes ver algo que probara que no era una intrusa empeñada en limpiar una casa abandonada. Pero él tenía razón, debería agradecer que un vecino se tomara tanto interés en asegurarse de que nadie se colara en la casa.

–Espere ahí –murmuró Melanie antes de volverse a dejar la lámpara donde estaba e ir por su bolso. De paso agarró también varias fotografías que había en la repisa de la chimenea.

Le mostró su carné de conducir y la fotografía de una sonriente niña con pecas y el pelo prácticamente blanco por el sol.

–Ésta soy yo a los seis años –le dijo y después le enseñó el resto de las fotos–. Éstas son mis hermanas, Maggie, Ashley y Jo, con nuestra madre. Y en ésta estamos todas con mi abuela, Cornelia Lindsey, poco antes de que muriera. ¿La conocía usted?

–No –dijo Mike sin apartar la vista de la foto.

Para sorpresa de Melanie, aquel hombre apenas miró a sus hermanas, todas ellas unas auténticas bellezas; sus ojos parecían clavados en otro punto de la fotografía.

–Lo sabía –farfulló antes de lanzarle una mirada de reproche–. Debería de darles vergüenza.

La expresión del rostro de Melanie cambió al oír aquello.

–¡Oiga!

–Este jardín –dijo él con impaciencia–. Han dejado que se echara a perder.

Melanie suspiró. No podía negar que era un desastre. Para entrar en la casa, había tenido que abrirse paso entre la maleza, cortando algunas ramas e incluso plantas enteras. Estaba segura de que tendría que mover el coche a menudo si no quería que lo devorasen las zarzas.

–Sí, ya lo he visto –admitió ella.

Pero él frunció aún más el ceño.

–Ahora que está usted aquí, ¿qué piensa hacer al respecto?

Melanie se encogió de hombros. Podría haberle dicho que no era asunto suyo, pero no tenía fuerzas para discutir con un desconocido de algo tan poco relevante. Tampoco tenía intención de defender el abandono de la casa y del

jardín; lo cierto era que no había defensa posible, teniendo en cuenta lo mucho que su abuela había querido aquella casa y la atención que había dedicado a sus rosales.

–No lo sé –acabó por decir–. Supongo que algo haré, pero antes tengo que airear la casa y sacar las telarañas y los bichos que se han metido durante siete años de abandono.

Mike le lanzó una mirada de abierta reprobación.

–No debería esperar mucho para ocuparse del jardín. Ésta es la mejor época del año para arreglarlo –se sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio–. Cuando se decida, llámeme. Hay que hacerlo bien y tengo la sensación de que usted no se ha ensuciado las manos trabajando en su vida –le miró las manos, pálidas y delicadas, con gesto despreciativo–. Le enseñaré lo que hay que hacer para que no empeore las cosas más de lo que ya están.

Antes de que ella pudiera rechazar su descortés ofrecimiento o responder con la indignación que sentía, aquel tipo se dio media vuelta y se fue, pisando las ramas como un explorador en mitad de la selva. Se detuvo varias veces a observar los rosales con sorprendente dulzura, pero después continuó apartando la maleza y farfullando mientras lo hacía. A ella no le cabía

la menor duda de que no estaba diciendo nada agradable.

Ofendida por su actitud, estuvo a punto de hacer pedazos la tarjeta, pero algo del delicado diseño atrajo su atención. Las rosas que había dibujadas en ella le recordaron el aspecto que había tenido aquel jardín en sus buenos tiempos. Su abuela se habría echado a llorar si hubiera podido ver el lastimoso estado de abandono en el que se encontraba su querido jardín.

Después de observar el dibujo, se fijó en el nombre.

Stefan Mikelewski. Diseño y mantenimiento de jardines, era todo lo que decía la tarjeta. Eso, y un número de teléfono.

Sí, era brusco y desagradable, pero sus conocimientos podrían serle útiles si decidía arreglar el jardín. Se metió la tarjeta en el bolsillo y volvió a la cocina a prepararse un té que le diera fuerzas para empezar el día de nuevo.

Con sólo mirar a su alrededor, se dio cuenta de que, incluso algo tan sencillo como poner agua a hervir, le parecería toda una hazaña si tenía que hacerlo con el estómago vacío. Antes de nada tendría que limpiar los fogones, para lo cual necesitaría horas. El café quedaba descartado, puesto que no parecía haber ningún molinillo con el que moler el delicioso café en grano que

había llevado. Maggie, con su mentalidad de *gourmet,* había inculcado a todas sus hermanas el gusto por el buen café y la cocina de calidad.

Melanie trató de convencerse de que no era una excusa para huir de todo el trabajo que tenía por delante. De todos modos, tenía que ir a la ciudad para comprar comida y un buen cargamento de productos de limpieza. Sin duda iba a necesitar algunas proteínas que le dieran energía para limpiar todo aquello, porque, lo que había cenado la noche anterior, lo había quemado limpiando ligeramente la habitación del piso de arriba que siempre habían utilizado sus hermanas y ella.

Lo más sensato era olvidarse por un rato de aquel desastre.

–Seguirá en el mismo estado cuando vuelva –se dijo a sí misma al tiempo que se dirigía a la puerta.

En realidad tenía la sensación de que, por mucho que trabajase durante la siguiente semana, no llegaría ni a la primera capa de la suciedad que cubría hasta el último rincón de la casa. Por mucho que odiara a Jeremy, sus hermanas estaban a punto de unirse a él en la lista de personas que no quería volver a ver, a menos que llegaran cargadas de escobas y plumeros, dispuestas a ayudarla a limpiar.

Su teléfono móvil sonó justo cuando estaba aparcando el coche en el centro de Irvington, junto a una cafetería en la que se había fijado la noche anterior.

–¿Ya has empezado a relajarte? –le preguntó Ashley.

–¿Recuerdas eso que dijiste de que estaría tan cansada de limpiar que no tendría tiempo para pensar?

–Sí –respondió su hermana.

–Triplica la imagen que tengas en la cabeza y te harás una idea del trabajo que me espera. Y eso es sólo dentro de la casa. El jardín está aún peor.

–¿En serio?

–Ni te imaginas.

–¿Qué tal tiempo hace?

–No cambies de tema. No tienes idea de lo enfadada que estoy ahora mismo con vosotras. Me siento como Cenicienta, limpiando lo que sus malvadas hermanastras no querrían ni tocar.

–Pues a mí me parece que está funcionando de maravilla –replicó Ashley.

–¿En qué mundo?

–¿A qué ni te acuerdas de Jeremy? –le preguntó justo antes de decirle que tenía que dejarla porque llegaba tarde a un juicio.